

Florencia Paéz, Natalia Díaz y Claudio Díaz: *Bailar en San Antonio. Testimonios y reflexiones sobre el Encuentro Nacional Cultural de San Antonio de Arredondo*. Villa María, Córdoba: Eduvim, 2013. 220 p. ISBN 987-987-699-020-2.

Bailar en San Antonio... ofrece, desde una perspectiva culturalista, un análisis del Encuentro Nacional Cultural de San Antonio de Arredondo, provincia de Córdoba, Argentina. Se trata de un evento de cuatro días de duración que tiene lugar durante el mes de diciembre y que lleva veintinueve ediciones ininterrumpidas. Surgido en 1991 durante el auge de la política neoliberal argentina, consiste en una celebración auto-gestionada por artistas y lugareños, que en un comienzo solo convocaba a cien personas y que creció exponencialmente en los últimos años (se ha llegado a estimar el número de cinco mil participantes, p. 43-44). Según lo describe Florencia Paéz, “el arte es, quizás, la columna vertebral de la experiencia” (p. 35). El Encuentro está conformado por talleres, exposiciones, baile, presentaciones musicales, comidas compartidas y, por sobre todo, la experiencia de vivir en comunidad en el predio destinado al festejo. En más de una oportunidad los autores resumen dicha experiencia señalando que “[...] del Encuentro cada uno se lleva lo que necesita y aporta lo que cree que hace falta” (p. 14).

El libro se compone de cinco capítulos (“El Encuentro, desde sus antecedentes olía a interior”; “La mesa está (casi) servida. Cocinar comunidad en San Antonio”; “Bailar viviendo y vivir bailando en San Antonio”; “La urdimbre y la minga”; “El mito del Encuentro”) e incluye un CD con 18 registros grabados en vivo de la XX edición del Encuentro, entre los días 9 y 11 de diciembre de 2010. En el prólogo, cada uno de los autores explica su propia vivencia del “Encuentro de San Antonio”. Escrito en forma coral y con un estilo que alterna la descripción y la argumentación, el libro da cuenta del trabajo etnográfico realizado sobre este evento. En la reflexión de los autores prima el carácter celebratorio y apenas asoman los conflictos. La descripción del Encuentro enfatiza las experiencias que resultan del trabajo comunitario, la sensación festiva vivida y el placer no solo por compartir actividades artísticas sino también porque éstas invadan el resto de las actividades cotidianas. De allí que las metáforas elegidas para explicar el evento sean las imágenes de la urdimbre y la minga. La primera hace referencia a los hilos del tejido y pretende explicar la vivencia creada durante el Encuentro en la que “aparece entretejido lo natural con lo cultural de diversas maneras” (p. 61). La segunda metáfora, la minga, remite a esa “práctica de origen antiguo, prehispánico, que ya se encontraba ampliamente extendida en toda Sudamérica” [...] Esta tradición de carácter comunitario se ha mantenido viva hasta la actualidad” (p. 173). Ella resume el sentido de experiencia que transmiten los participantes. Es por ello que, como apunta Claudio Díaz, “‘comunidad’ y ‘comuni3n’ sean las palabras que con más insistencia usan los músicos, los bailarines, los organizadores y el público para referirse a lo que viven en San Antonio” (p. 171).

Esta celebración pretende oponerse a otras realizadas en la misma provincia, en especial, al Festival de Cosquín. A diferencia de éste, en el Encuentro en San Antonio cada presentación musical tiene adjudicado el mismo tiempo que las demás, no hay privilegios por el grado de consagración que tengan los participantes y la entrada es gratuita. Con ello, la fiesta en San Antonio busca distanciarse de los estereotipos comerciales y mediáticos representados, según los informantes, por el Chaqueño Palavecino. Tal como lo señala Páez: “La autonomía y la resistencia a no dejarse cooptar, a no venderse por ayudas económicas está en sintonía con las búsquedas de este círculo cercano de hacedores del Encuentro que otorga valor a lo más sencillamente humano con el patrón hegemónico del lucro y la mercantilización” (p. 49-50). Es por esta razón que uno de los organizadores explica que “el Encuentro, desde sus antecedentes, olía a interior” (p. 28) como intención opuesta a aquella caracterización adjudicada a los festivales provinciales y nacionales.

La reflexión sobre la experiencia del baile ocupa un lugar central en este libro. Bailar es también una actividad colectiva que propicia la “indagación de nuevas formas de relacionarse con el cuerpo, con el mundo y con los otros” (p. 95). Según la mirada de Natalia Díaz y Claudio Díaz, “la danza permite generar un *communitas* con el compañero o la compañera” (p. 104) y de esa manera suspender la noción de espacio y tiempo. El baile en San Antonio tiene la misma importancia que la música y ello provoca que se rompa la idea de una audiencia pasiva y que, por el contrario, “ese vínculo de ida y vuelta entre los bailarines y músicos estimula ese sentimiento de comunidad” (p. 112).

El lugar de la música es primordial y es por ello que Claudio Díaz dedica buena parte del cuarto capítulo a explicar lo que ocurre con ella en San Antonio. Como estudioso del campo del folklore desde una perspectiva sociolingüística, el autor analiza el repertorio de las músicas que se ejecutan en el Encuentro, recuperando textos y canciones de las décadas de 1960 y 1970, en los que había una intención por incluir a todos los habitantes del país en las problemáticas que se denunciaban por aquella época y en las luchas que se establecían. A partir de la idea de Armando Tejada Gómez en sus *Canciones con fundamento*, con la cual se buscaba aunar las voces que provenían del interior del país y ofrecer un debate sobre la cultura nacional, Díaz establece una continuidad entre aquel repertorio y las músicas que suenan en San Antonio, donde no quedan fuera las tradiciones.

El Encuentro también invita a que la experiencia sea un espacio de intercambio, conocimiento y aprendizaje. Sus organizadores pretenden estimular una “participación activa como motor de formación” (p. 70) y buscan erradicar cualquier estigmatización que puedan recibir desde el exterior. De ahí que uno de ellos afirme: “[...] quisimos reforzar fuertemente esto de que el Encuentro es una alternativa educativa también, es un espacio de formación. Digamos, esto de desmitificar esto de que somos también los hippies que nos juntamos a estar borrachos guitarreando” (p. 73). En consecuencia, el conocimiento y la reflexión

sobre la identidad están presentes en las distintas actividades que se realizan durante los cuatro días.

Tal vez, en el discurso de los protagonistas se perciba cierto reduccionismo al momento de explicar la negociación de sentido de cómo los diferentes actores sociales se identifican con determinadas músicas¹ (Vila 1996 y Pelinski 2000). De ahí que su argumentación sea mucho menos compleja que la realidad y tan solo se explique el fenómeno de las prácticas folclóricas de la provincia dividiendo aguas entre lo que ocurre en el festival de Cosquín u otros –en los que la “industria cultural” sería quien toma las decisiones artísticas, económicas y políticas– y aquello que se desarrolla en San Antonio –donde todas las determinaciones son consensuadas abiertamente por los participantes de manera democrática–. Es cierto que la lucha entre las fuerzas del mercado y una organización social –pequeña, en definitiva– es desigual y quizás sea esta la razón por la que el modo en que los protagonistas describen el Encuentro y el énfasis que los investigadores dan a la comunión que en él se genera, no hagan visibles los puntos más críticos que este tipo de evento pueda tener.

Como se anticipó, el Encuentro ha crecido notoriamente a lo largo de su historia y aunque sus organizadores muy solapadamente remiten a alguna “sensación de desborde” y “temor al descontrol” (p. 69) en una de las ediciones, los autores no profundizan acerca de posibles conflictos ni problemas que se generen durante las jornadas. En cambio, celebran el ambiente que propicia la fiesta, el idilio y la comunión.

El CD que acompaña el libro requiere un párrafo aparte. El disco recoge 18 grabaciones de músicas ejecutadas en la XX edición del Encuentro. Aparentemente corresponden a presentaciones en el escenario durante las noches, aunque no hay más información en el libro ni tampoco la nómina completa de los músicos intervinientes, tan solo la referencia de los autores y de quien ejecuta la voz principal o el nombre del grupo. La calidad profesional de grabación y la variedad de géneros musicales que componen el disco otorgan un valor agregado a un trabajo etnográfico que se ocupa de un evento musical del que es difícil conocer, por otra vía, qué y cómo suena.

Bailar en San Antonio... cumple holgadamente la difícil tarea de transmitir sensaciones sobre una experiencia, hace visible una práctica cultural de la Argentina que lleva más de dos décadas de existencia y abre el debate sobre los modos de producción y consumo cultural en nuestro medio. Este tipo de eventos que se producen en el interior del país y que no cuentan con apoyos estatales sino que son resultado de un trabajo colectivo y anónimo, muchas

1 Ramón Pelinski: “Homología, interpelación y narratividad en los procesos de identificación por medio de la música”, en *Invitación a la etnomusicología*, cap. 10, (Madrid: Akal: 2000), pp. 163-175; Pablo Vila: “Identidades narrativas y música. Una primera propuesta teórica para entender sus relaciones”, *TRANS, Transcultural Music Review / Revista Transcultural de Música* 2 (1996), <http://www.sibetrans.com/trans/articulo/288/identidades-narrativas-y-musica-una-primer-propuesta-para-entender-sus-relaciones>.

veces carecen también de interés y dedicación por parte de los estudiosos. De ahí la importancia del libro, cuyos autores recuperan este Encuentro que cuenta con más de veinte años de historia. Estigmatizados por enfrentarse a las grandes producciones artísticas, sus organizadores no se cansan de ofrecer esta propuesta alternativa, que cada diciembre parece vestirse de fiesta, convocar la magia, el gozo y la alegría, y hacer en San Antonio de Arredondo una celebración de la que cada vez más participan miles de personas.

Juliana Guerrero